

SAN BERNARDO DE CLARAVAL

APOLOGÍA A GUILLERMO

Apologia ad Guillelmum

SABBATISMUS

San Bernardo de Claraval (1090–1153)
Apologia ad Guillelmum · Apología a Guillermo

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

APOLOGÍA DE SAN BERNARDO, ABAD, A
GUILLERMO, ABAD DE SAN TEODORICO.

Nada ha suscitado mayor envidia contra Bernardo que este libro, publicado contra los monjes de Cluny. Pues en aquel tiempo, su reputación era tal que quien intentara criticarlos parecería atacar el juicio del mundo entero; su propagación y multitud eran tales que esa persona concitaría contra sí una legión de adversarios. Y aun ahora hay algunos que acusan de excesivo el celo de Bernardo en esta parte, sin atender suficientemente a que el santo Doctor fue preparado e instituido por Dios para limpiar las manchas de la Iglesia y restaurar la integridad y el esplendor de la orden monástica, declarando la guerra a los vicios que en su tiempo deformaban su pureza. Por tanto, ahora interesa saber con qué título y en qué año Bernardo publicó esta obra; si lo que critica en los cluniacenses son en realidad vicios o ritos tolerables; y si son vicios, si son verdaderos o supuestos.

En lo que respecta al título, Bernardo la llama Epístola en el libro siguiente, n. 15: «Pero ya la Epístola, para que siguiera siendo epístola, debía terminarse», etc. Pero al final del libro la llama Opúsculo, donde habla de Ogerio, que no quería separarse de Bernardo «sin un Opúsculo reciente». Godofredo, en el libro tercero de la Vida de Bernardo, capítulo octavo, lo llama Apologeticum: «Si se desea un celo ferviente contra los vicios de los suyos o de otros, léase aquel que llama Apologeticum». Ciertamente, el santo varón utiliza el nombre de Apología en su decimoctava

epístola, donde, al reseñar sus escritos para el cardenal Pedro, dice: «Y también la Apología a un amigo nuestro, donde diserté algunas cosas sobre las observancias de los cluniacenses y las nuestras, es decir, las cistercienses». Por consiguiente, conservaremos el título común de Apología, consagrado también por el propio autor.

De la misma decimoctava epístola, que fue escrita hacia el año 1127, se deduce el tiempo de la composición de la Apología. Y ciertamente, consta que este libro fue uno de los primeros opúsculos de Bernardo, y de hecho el tercero, por la enumeración hecha al cardenal Pedro, en la que menciona solo dos antes de la Apología, a saber, el libro sobre la Humildad y las Homilías en alabanza de la Virgen Madre sobre el *Missus est*, a los que añade inmediatamente la Apología con unas pocas epístolas. Por tanto, la Apología fue compuesta hacia el año 1125, es decir, al inicio del gobierno de Pedro el Venerable, que sucedió a Hugo II en el año 1122, medio año después de Poncio, bajo cuyo mandato se había relajado enormemente la disciplina regular de la Orden de Cluny. No es de extrañar, por tanto, que Bernardo notara algunas cosas dignas de censura y las pusiera por escrito a petición de Guillermo, abad de San Teodorico, que era considerado de la Orden de Cluny. Pues como casi todos los monasterios de los monjes negros seguían los ritos cluniacenses, una vez surgida la congregación cisterciense, que tenía otras costumbres, se decía que eran de la Orden de Cluny (aunque no estuvieran agregados a ella), como se desprende incluso de

la siguiente Apología, en la que, dirigiéndose a Guillermo. dice «vuestra Orden» en los nn. 1 y 30, y en el mismo n. 30 atribuye el monasterio de San Nicolás de la diócesis de Laon a la misma Orden. Bernardo, por tanto, escribe esta Apología a petición de Guillermo, un hombre cluniacense; escribe, digo, en un tiempo en que la vida religiosa de los cluniacenses era más laxa, pero compone el librito de tal manera que primero, y de hecho más duramente, reprende a los suyos, es decir, a los cistercienses, quienes, bajo la apariencia de una vida más estricta, denigraban las instituciones de los cluniacenses, y así violaban las leyes más santas de la religión. Por tanto, para que el santísimo Doctor reconciliara a unos con otros, expone sinceramente en este libro lo que le parecía reprehensible en ambos, pensando que «no disputaba contra la Orden, sino en favor de la Orden, si reprendía no la Orden en los hombres, sino los vicios de los hombres», del n. 15.

Tampoco debe dudarse de que son verdaderas las cosas que Bernardo señaló en los cluniacenses, pues nadie debe dejar de conceder que fue informado con precisión sobre estos asuntos y que, por tanto, está inmune de toda sospecha de falsa acusación. En verdad, la veracidad de sus dichos la prueban los Estatutos de Pedro el Venerable, abad de Cluny, quien, habiendo convocado un capítulo general en Cluny, intentó enmendar muchos de tales vicios, como prueban manifiestamente sus Estatutos, que referiremos en notas en sus lugares correspondientes. De este capítulo trata Orderico Vital, que estuvo presente, en el

año 1132; pues así lo refiere en su libro decimotercero, pág. 896: «Pedro, abad de Cluny, envió entonces mensajeros y cartas por todas sus celdas, y convocó a todos los priores de las celdas de Inglaterra e Italia, y de otros reinos, ordenándoles que estuvieran presentes en Cluny el tercer domingo de Cuaresma, para que oyeran preceptos de vida monástica más austeros de los que hasta entonces habían observado». Aquellos archimandritas, por supuesto, obedecieron sus órdenes, y en el plazo establecido se reunieron en Cluny doscientos priores. Aquel día, estuvieron allí presentes mil doscientos doce hermanos... Pero él», Pedro, «aumentó los ayunos, suprimió las conversaciones y ciertos auxilios para el cuerpo enfermo, que la clemencia de los reverendos padres les había permitido hasta entonces con moderación». Los hermanos, sin embargo, acostumbrados a obedecer siempre a su maestro, no queriendo resistirle contra la costumbre religiosa, aceptaron las duras órdenes; sin embargo, mostraron razonablemente que el venerable Hugo, y sus antecesores Mayolo y Odilón, habían mantenido un camino de vida estricto... Pero el austero preceptor... emulando a los cistercienses y a otros seguidores de novedades, insistió en sus rudos intentos y se avergonzó de desistir por el momento de lo que había comenzado. Posteriormente, sin embargo, ablandado, consintió en el juicio de sus súbditos», etc. Compárese la vigésima octava epístola del primer libro del mismo Pedro el Venerable, y otra que se cuenta entre las de Bernardo, con el número doscientos veintinueve.

De esto se desprende que lo que Bernardo critica en los cluniacenses es verdad, pero que no era considerado por todos como un vicio, sino más bien como un temperamento necesario para la fragilidad humana. Y ciertamente, esto podría parecer así en cuanto a ciertas cosas, como el ornato de las iglesias y otras de este tipo, que presentan razones plausibles; pero la misma lectura persuade de que la mayoría de las cosas no eran tolerables entre monjes hasta entonces moderados. Pero, ¿qué dices de la magnificencia y el culto de los templos? ¿Acaso los cistercienses, e incluso el propio Bernardo, no fundaron templos muy amplios y ornamentados? Cuando oigo estas cosas, me viene a la mente aquel primer Oratorio, construido por Bernardo en Claraval. ¡Buen Dios! ¡Qué exiguo, qué vil en apariencia, pero qué venerable en su misma vil apariencia! Ciertamente, comenzó otro muy amplio, que sería suficiente para contener a setecientos monjes y otras personas, pero desprovisto de todo ornato, excepto la propia majestad de la fábrica. Y los cistercienses al principio prohibieron por completo «esculturas o pinturas» en sus iglesias o talleres del monasterio: «porque mientras se atiende a tales cosas, a menudo se descuida la utilidad de la buena meditación o la disciplina de la gravedad religiosa». Tenían, sin embargo, «cruces pintadas», pero que eran «de madera». Finalmente, rechazaron también en el capítulo del año 1213 «las superfluidades y curiosidades notables en esculturas, edificios, pavimentos y otras cosas similares, que deforman la antigua

honestidad de la Orden y no concuerdan con la pobreza», según las Instituciones Cistercienses, primera parte, cap. 20.

Pero, dejando esto a un lado, ciertamente se siguió una gran utilidad del siguiente librito: ya que no solo los cluniacenses, sino también otros monasterios que estaban separados de su sociedad, se corrigieron al leerlo, en primer lugar el de San Dionisio bajo la autoría de Suger; y finalmente, siguiendo el ejemplo de los cistercienses, comenzaron a convocarse capítulos generales de los monjes negros, además del cluniacense, en los que se trató de la enmienda de los vicios de los monjes. Pues consta que esto comenzó a hacerse durante el pontificado de Inocencio II, y que fue aprobado por él, por las cartas del capítulo general de los abades de la provincia de Reims a Adriano III contra el abad de Lagny, referidas anteriormente, col. 813.

Pero esto basta para ilustrar la siguiente Apología, que podemos dividir en dos partes: en la primera se reprende a los cistercienses por denigrar las instituciones de los cluniacenses; en la segunda se arguyen las superfluidades de los cluniacenses. Por esta razón, el código de Marmoutier lo llama dos epístolas, en el cual la inscripción se lee así: «Comienza el Apologeticum del señor abad Bernardo contra las detracciones de los cistercienses, al abad Guillermo, y divide el tratado en dos epístolas». Se antepone la octogésima cuarta epístola a modo de pequeño prefacio, nombre con el que Bernardo la designa en su octogésima quinta y octogésima octava epístolas.

Este opúsculo fue publicado por primera vez en Ruán, junto con el tratado sobre el Precepto y la Dispensación y los libros sobre la Consideración, sin designación de año, bajo este título: «Comienza el librito del abad Bernardo sobre la Concordia de los estados religiosos que existían en su tiempo». Bajo el mismo título, el mismo libro es a veces alabado por el monje Guillermo en su libro de Flores de San Bernardo.

Que me mandes emprender una obra de este tipo, por la cual se ha de quitar el escándalo del reino de Dios, lo acepto de buen grado; pero cómo quieres que se haga, todavía no me queda suficientemente claro. Pues leyendo tu dulcísima epístola con dulzura, y releyéndola con más dulzura (pues cuanto más se repetía, más agradaba), entendí ciertamente que quieres que dé satisfacción a aquellos que se quejan de nosotros como detractores de la Orden de Cluny, para que se sepa que no es verdad lo que hasta ahora han pensado mal de nosotros, o han querido que se piense. Pero si, después de esta satisfacción, quisiera de nuevo criticar la superfluidad de su comida y vestido, y las demás cosas que añades, tal como me lo ordenas, me parecerá que me contradigo, y no veo cómo pueda hacerlo sin escándalo. A no ser que, quizá, diga [alt. enseñe] que la Orden es ciertamente laudable, y los censores de la Orden reprehensibles, y que, sin embargo, sus superfluidades deben ser reprendidas. Si lo quieres de este modo, o si acaso ves que otro modo es más conveniente, mándamelo más abiertamente; y para que yo pueda hacer lo que quieres, del

modo que quieres, ora con más insistencia. Sabe, sin embargo, que no es pequeño el detrimento que me causan tales escritos, porque se me resta mucha devoción, mientras se interrumpe el estudio de la oración, sobre todo porque no tengo ni la práctica ni el ocio para dictar.

Al venerable padre GUILLERMO, el hermano BERNARDO, siervo inútil de los hermanos que están en Claraval, salud en el Señor.

Hasta ahora, si me habéis mandado escribir algo, he accedido o de mala gana o de ningún modo: no porque descuidara lo que se me mandaba, sino para no presumir de lo que no sabía. Pero ahora, urgiendo una nueva causa, mi antigua timidez es ahuyentada, y ya sea con pericia o sin ella, me veo obligado a dar satisfacción a mi dolor, dándome confianza la misma necesidad. Pues, ¿cómo puedo oír en silencio vuestra queja de este tipo sobre nosotros, por la cual se dice que nosotros, los más miserables de los hombres, en harapos y taparrabos, desde nuestras cavernas, como dice aquel (Heb. 11:38), juzgamos al mundo; y lo que es más intolerable que todo lo demás, que incluso denigramos a vuestra gloriosísima Orden, detraemos impudicamente a los santos que en ella viven laudablemente, y desde la sombra de nuestra propia in nobleza, insultamos a las luminarias del mundo? ¿Acaso es así que, bajo piel de oveja, no somos ciertamente lobos rapaces, sino pulgas mordaces, o más bien, polillas destructoras; que, porque no nos atrevemos a hacerlo abiertamente, corroemos en secreto la vida de los buenos; y no emitimos ni siquiera el clamor

de la invectiva, sino el susurro de la detracción? Si esto es así, ¿por qué sin causa somos mortificados todo el día, estimados como ovejas para el matadero? (Sal. 43:22). Si, digo, con jactancia farisaica despreciamos a los demás hombres, y (lo que es más soberbio) a los que son mejores que nosotros, ¿de qué nos aprovecha tanta parquedad y aspereza en nuestra comida, esa notable vileza y diversidad en nuestro vestido, el sudor diario en el trabajo manual, el ejercicio continuo en ayunos y vigiliass, en fin, esa singular y más austera manera de toda nuestra vida? A no ser que quizá hagamos todas nuestras obras para ser vistos por los hombres. Pero Cristo dice: En verdad os digo, ya han recibido su recompensa (Mat. 6:5). Si solamente en esta vida esperamos en Cristo, ¿no somos los más miserables de todos los hombres? (1 Cor. 15:19). ¿O es que no esperamos en Cristo solo en esta vida, si del servicio de Cristo buscamos solamente la gloria temporal?

¡Miserable hombrecillo que soy, que con tanto trabajo e industria me esfuerzo por no ser, o más bien, por no parecer, como los demás hombres; y sin embargo he de recibir menos, y ser más gravemente atormentado, que cualquier otro hombre! ¿Acaso no se nos podía encontrar un camino, por así decirlo, de algún modo más tolerable al infierno? Si era necesario que descendiéramos allí, ¿por qué no elegimos al menos aquel camino ancho por el que muchos andan, que lleva a la muerte, para que pasáramos de la alegría, y no del luto, al luto? ¡Oh, cuán más felices son aquellos para quienes no hay consideración por su

muerte, y tienen firmeza en su plaga, que no están en el trabajo de los hombres, y con los hombres no son azotados! quienes, aunque pecadores y condenados a tormentos perpetuos por alegrías temporales, al menos obtuvieron abundantes riquezas en el mundo (Sal. 72:4, 5, 12). ¡Ay de los que llevan la cruz, no como el Salvador la suya, sino como aquel Cireneo, la de otro (Mat. 27:32)! ¡Ay de los citaristas que tocan la cítara, no como aquellos del Apocalipsis, en sus propias cítaras (Apoc. 14:2), sino en verdad, como hipócritas, en las ajenas! ¡Ay una vez, y ay de nuevo a los pobres soberbios! ¡Ay, digo, una vez, y ay de nuevo, a los que llevan la cruz de Cristo y no siguen a Cristo: quienes, ciertamente, participando de sus pasiones, descuidan seguir la humildad!

Pues con doble contrición son quebrantados los que son de esta clase, ya que aquí se afligen temporalmente por una gloria temporal, y en el futuro son arrastrados a suplicios eternos por su soberbia interna. Trabajan con Cristo, pero no reinan con Cristo; siguen a Cristo en su pobreza, pero no lo alcanzan en la gloria; beben del torrente en el camino, pero no levantarán la cabeza en la patria; lloran ahora, pero entonces no serán consolados. Y con razón: pues, ¿qué hace la soberbia bajo los harapos de la humildad de Jesús? ¿Acaso la malicia humana no tiene con qué cubrirse, sino con aquello en que fue envuelta la infancia del Salvador? ¿Y cómo la arrogancia simuladora se encierra en el pesebre del Señor y, en lugar de los gemidos de la inocencia, murmura allí el mal de la detracción? ¿Acaso aquellos soberbísimos

del Salmo, cuya iniquidad brotó de su gordura, no están mucho más seguros cubiertos por su iniquidad e impiedad (Sal. 72:6, 5), que nosotros escondidos bajo una santidad ajena? Pues, ¿quién es más impío, el que profesa la impiedad o el que finge la santidad? ¿No es aquel que, añadiendo además la mentira, duplica la impiedad? ¿Y qué diré? Temo que quizá también yo sea tenido por sospechoso, no ciertamente por vos, padre, no por vos, a quien sé que me conocéis, tanto como un hombre puede ser conocido por otro en esta oscuridad; y especialmente sobre este asunto, sé que no ignoráis lo que siento. Pero por aquellos que ni me han conocido como vos, ni me han oído hablar como suelo hablaros de esto, os escribo (lo que también habéis oído con frecuencia), para que, como no puedo ir a cada uno y satisfacer a cada uno, tengáis de mí con qué persuadirles verísimamente en mi nombre de lo que certísimamente sabéis de mí. Pues no temo escribir a los ojos de todos lo que os he dicho al oído sobre este asunto.

¿Quién jamás me oyó disputar contra aquella Orden, ya sea en público, o susurrar en secreto? ¿A quién de aquella Orden he visto alguna vez sino con alegría, he recibido sino con honor, he hablado sino con reverencia, he exhortado sino con humildad? He dicho, y lo digo: Su modo de vida es ciertamente santo, honesto, decoroso en la castidad, eximio en la discreción, instituido por los Padres, preordenado por el Espíritu Santo, y no poco idóneo para la salvación de las almas. ¿Acaso condeno o desprecio yo lo que así predi-

co? Recuerdo haber sido recibido como huésped alguna vez en algunos monasterios de esa misma Orden: que el Señor devuelva a sus siervos la humanidad que me mostraron cuando estaba enfermo, incluso más allá de lo necesario; y el honor con que me dignaron, también más de lo que yo era digno. Me encomendé a sus oraciones, asistí a sus colaciones; a menudo he conversado con muchos, tanto sobre las Escrituras como sobre la salvación de las almas, tanto públicamente en los capítulos como privadamente en sus celdas. ¿A quién he intentado jamás, ni en secreto ni en público, disuadir de aquella Orden, o persuadir para que viniera a la nuestra? ¿No he reprimido más bien a muchos que deseaban venir, y he rechazado a los que venían y llamaban? ¿Acaso no envíe de vuelta al hermano Nicolás a San Nicolás, y a vosotros dos de los vuestros, siendo vosotros testigos? Y a dos ciertos abades de la misma Orden, cuyos nombres no revelaré —vosotros mismos los conocéis muy bien, y sabéis no obstante con qué amistosa familiaridad están unidos a mí—: ¿acaso nuestro consejo disuasorio no se opuso a ellos cuando deseaban y ya deliberaban pasarse a otra Orden (lo que no se os ocultó), e hizo que no abandonaran sus cátedras? ¿Por qué, pues, se piensa o se dice que condeno una Orden a la que persuado a mis amigos que sirvan, a la que devuelvo sus monjes que vienen a nosotros, y de la cual tan solícitamente pido y tan devotamente recibo oraciones para mí.

¿O es acaso porque se me ve vivir según otra Orden que por ello se me tiene por sospechoso?

Pero por la misma razón, también vosotros menospreciáis nuestra Orden, quienesquiera que viváis de otro modo. Por tanto, piénsese que los continentes y los casados se condenan mutuamente, porque cada uno vive en la Iglesia según sus propias leyes. Dígase también que los monjes y los clérigos regulares se menosprecian mutuamente, porque están separados entre sí por sus propias observancias. Y sospechemos que Noé, Daniel y Job no pueden soportarse mutuamente en un mismo reino, al cual ciertamente sabemos que no llegaron por un único camino de justicia. Finalmente, sería necesario que o bien María y Marta, o una de ellas, desagradara al Salvador, a quien ciertamente ambas se esfuerzan por agradar con un afán de devoción tan distinto. Y por esta razón, en toda la Iglesia (que ciertamente se diversifica en tan numerosas y disímiles órdenes, como la reina de la que se lee en el Salmo, "vestida de brocados" [Sal. 44:10]), se pensará que no hay paz alguna, ninguna concordia en absoluto. Pues, ¿qué reposo seguro, qué estado protegido se encontrará en ella, si un hombre cualquiera, al elegir una Orden cualquiera, o bien desprecia a los que viven de otro modo, o bien sospecha que es despreciado por ellos, sobre todo cuando es imposible que un solo hombre observe todas las Órdenes, o que una sola Orden contenga a todos los hombres? No soy tan torpe como para no reconocer la túnica de José, no de aquel que liberó a Egipto, sino de Aquel que salvó al mundo, y no del hambre del cuerpo, sino de la muerte simultánea del alma y del cuerpo. Pues es muy conocida,

porque es de muchos colores (*polymita*), es decir, distinguida por una hermosísima variedad; pero también aparece teñida en sangre, no ciertamente de un cabrito, que significa el pecado, sino de un cordero, que designa la inocencia, es decir, la suya propia, no la ajena. Él es en verdad aquel mansísimo Cordero, que enmudeció no ante quien lo trasquilaba, sino ante quien lo mataba; que no cometió pecado, sino que quitó los pecados del mundo. Y enviaron a decir a Jacob: "Esto hemos encontrado; mira si es la túnica de tu hijo o no" (Gén. 37:32). Mira también tú, Señor, si esta es la túnica de tu amado Hijo. Reconoce, Padre omnipotente, la túnica de muchos colores que hiciste para Cristo tu Hijo, dando a unos como apóstoles, a otros como profetas, a otros como evangelistas, a otros como pastores y doctores, y lo demás que decentemente has puesto en su maravilloso adorno, para la consumación de los santos, que concurren en el varón perfecto, en la medida de la edad de la plenitud de Cristo (Ef. 4:11-13). Dígnate también, oh Dios, reconocer la púrpura de la preciosísima sangre con que está rociada, y en esa púrpura la preclara insignia y gloriosísimo indicio de la obediencia. "¿Por qué, pues," dice, "está rojo tu vestido?" "El lagar," dice, "he pisado yo solo, y de los pueblos no hubo varón conmigo" (Is. 63:2-3).

Así pues, puesto que se hizo obediente al Padre hasta el lagar de la cruz, que ciertamente pisó solo —pues solo su brazo le ayudó, según aquello de otro lugar: "Estoy solo, hasta que pase" (Sal. 140:10)—. Ahora, pues, exáltalo, oh Dios, y dale el

nombre que está sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble, de los seres celestiales, terrenales e infernales (Fil. 2:9-10). Que ascienda a lo alto, que lleve cautiva la cautividad, que dé dones a los hombres (Ef. 4:8). ¿Qué dones? A saber, que deje a su esposa la Iglesia una prenda de su herencia, su propia túnica: es decir, una túnica de muchos colores, y la misma sin costura, y tejida de arriba abajo en una sola pieza; pero de muchos colores por la múltiple distinción de las muchas Órdenes que hay en ella; sin costura, en cambio, por la unidad indivisible de la caridad indisoluble. "¿Quién," dice, "me separará del amor de Cristo?" (Rom. 8:35). Escucha cómo es de muchos colores: "Hay," dice, "diversidad de gracias, pero el mismo Espíritu; y hay diversidad de operaciones, pero el mismo Señor." Luego, habiendo enumerado los diversos carismas, como los variados colores de la túnica, por los cuales consta que es de muchos colores, para mostrar que también es sin costura y tejida de arriba abajo en una sola pieza, añade: "Pero todas estas cosas las obra uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno como quiere" (1 Cor. 12:11). "Porque la caridad ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado" (Rom. 5:5). No se divida, pues, sino que la Iglesia la obtenga toda e íntegra por derecho de herencia, porque también de ella está escrito: "La reina se sentó a tu diestra con vestido dorado, rodeada de variedad" (Sal. 44:10). Y así, recibiendo dones diversos, uno de esta manera, otro de aquella; ya sean cluniacenses, o cistercienses, o clérigos

regulares, o incluso fieles laicos, en fin, toda Orden, toda lengua, todo sexo, toda edad, toda condición, en todo lugar, por todo tiempo, desde el primer hombre hasta el último. Pues por esto también se llama túnica talar (*talaris*), porque llega hasta el final, como dice el profeta: "No hay quien se esconda de su calor" (Sal. 18:7): sin duda congruente con Aquel para quien fue hecha, quien, según atestigua otra Escritura, "alcanza de un extremo a otro con fuerza, y dispone todas las cosas con suavidad" (Sab. 8:1).

CAPÍTULO IV.

Que mantiene a todas las demás Órdenes en la caridad, pero a una por profesión.

7. Corramos, pues, todos juntos por igual hacia una sola túnica, y que de todas se haga una. De todas, digo, una. Pues aunque sea de muchas y diversas partes, sin embargo, "una es mi paloma, mi hermosa, mi perfecta" (Cantar de los Cantares 6:8). De otro modo, no soy yo solo, ni tú sin mí, ni él sin nosotros dos; sino que todos juntos somos esa una, si es que somos solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. No, digo, solo nuestra Orden (Ordo), o la vuestra sola, pertenece a aquella una, sino la nuestra y la vuestra a la vez: a no ser que (¡lo que no suceda!) envidiándonos unos a otros, provocándonos unos a otros, nos mordamos y nos consumamos mutuamente (Gálatas 5:15); y así no pueda el Apóstol presentarnos como virgen casta a Cristo (2 Corintios 11:2), a aquel único

varón a quien nos desposó. Sin embargo, aquella una dice en el Cantar de los Cantares: "Ordenó en mí la caridad" (Cantar de los Cantares 2:4): de modo que, aunque es una en la caridad, está sin embargo dividida en su ordenación. ¿Qué, pues? Soy cisterciense: ¿condeno por tanto a los cluniacenses? ¡De ningún modo! Sino que los amo, los alabo, los magnifico. "¿Por qué, pues", dices, "no sigues esa Orden, si tanto la alabas?" Escucha. Por lo que dice el Apóstol: "Cada uno permanezca en la vocación en que fue llamado" (1 Corintios 7:20). Y si preguntas por qué no la elegí desde el principio, si la conocía como tal, respondo: por lo que dice de nuevo el Apóstol: "Todo me es lícito, pero no todo conviene" (1 Corintios 10:22). No porque la Orden no sea santa y justa, sino porque yo era carnal, vendido al pecado (Romanos 7:14); y sentía tal languidez en mi alma, que le era necesaria una poción más fuerte. Y a diversas enfermedades convienen diversos medicamentos, y a las más fuertes, los más fuertes. Supón que dos hombres están atormentados por fiebres, uno por quartanas, el otro por tercianas. Que el que padece de quartanas recomiende al que tiene tercianas que tome agua, peras y toda clase de cosas frías, mientras que él mismo se abstiene de estas y toma vino y otras cosas cálidas, por serle convenientes. ¿Quién, pregunto, podría reprenderlo rectamente por esto? Si aquel dijera: "¿Por qué no bebes tú el agua que tanto alabas?", ¿no respondería con razón: "A ti te la prescribo fielmente, y de mí la aparto saludablemente"?

8. Finalmente, se me podría preguntar [o: preguntas] por qué, alabando yo todas las Órdenes, ¡no las sigo todas! Pues alabo y amo a todas, dondequiera que en la Iglesia se viva piadosa y justamente. A una me atengo en la práctica, a las demás en la caridad. Mas la caridad hará (lo digo con confianza) que no sea yo privado del fruto ni siquiera de aquellos cuyas instituciones no sigo. Diré algo más. Tú, obra con cautela para ti. Pues puede suceder que tú hayas trabajado en vano; pero que yo ame en vano el bien que tú obras, es del todo imposible. ¡Oh, qué gran confianza la de la caridad! Uno obra sin amar, y otro ama sin obrar nada. Aquel ciertamente pierde su obra, pero la caridad de este nunca se acaba. ¿Y qué tiene de admirable si en este exilio, mientras la Iglesia aún peregrina, existe una cierta unidad plural de este tipo, por así decirlo, y una pluralidad única: cuando también en aquella patria, cuando ella ya reine, habrá no obstante, quizá, alguna tal desigualdad en cierto modo igual? De ahí que esté escrito: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas" (Juan 14:2). Así pues, como allí hay muchas moradas en una sola casa, así aquí hay muchas órdenes en una sola Iglesia; y como aquí "hay diversidad de gracias, pero el mismo Espíritu" (1 Corintios 12:4), así allí hay distinciones de glorias, pero una sola casa. Además, la unidad, tanto aquí como allí, consiste en una sola caridad; la diversidad, en cambio, aquí ciertamente en la múltiple división de órdenes u operaciones, pero allí en una cierta distinción de méritos notabilísima y también ordenadísima. Finalmente, la

Iglesia, comprendiendo esta su en cierto modo discorde concordia, o concorde discordia, dice: "Me ha conducido por las sendas de la justicia por amor de su nombre" (Salmo 22:3). Pues al poner "sendas" en plural y "justicia" en singular, no ha omitido ni la diversidad de las operaciones ni la unidad de los que obran. Previendo también aquella futura unidad discreta en los cielos, con suma devoción y alegría canta: "Tus plazas, Jerusalén, serán pavimentadas con oro puro, y por todas tus calles se cantará Aleluya" (Tobías 13:22). Pues al oír plazas y calles, entiende diversas coronas y glorias. En el oro, único metal con que se describe adornada aquella ciudad, y en el único Aleluya, que se dice que se canta, atiende a la semejante belleza de especies disímiles y a la única devoción de muchas mentes.

9. No se avanza, por tanto, por una sola senda, porque tampoco es una la morada a la que se tiende. Pero cuide cada uno, por cualquier senda que avance, de no apartarse de la única justicia por la diversidad de las sendas: pues a cualquier morada que cada uno llegue por su propia senda, no será excluido de la única casa del Padre. Sin embargo, "como una estrella difiere de otra en claridad, así será también", dice, "la resurrección de los muertos" (1 Corintios 15:41-42). Pues aunque los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre, sin embargo, unos lo harán más que otros, según la diversidad de sus méritos. Ciertamente, es de saber que estos méritos no pueden ser discernidos por el hombre tan fácilmente en este siglo como en el otro, puesto que aquí solo

se ven las obras, mientras que allí nada impide contemplar también los corazones. Ciertamente, al irradiar por doquier el Sol de justicia, "entonces se manifestarán los secretos de los corazones" (1 Corintios 4:5); y así como ahora "no hay quien se esconda de su calor" (Salmo 18:7), así entonces no habrá quien se oculte de su esplendor. Y sobre las obras, ciertamente, a menudo se emite un juicio incierto y por ello peligroso, ya que muchas veces tienen menos justicia quienes más obran.

CAPÍTULO V.

Ataca con estilo agudo a los religiosos émulos y detractores de otras Órdenes.

Por lo cual, debo ahora dirigirme a ciertos hombres de nuestra Orden que, en contra de aquella sentencia: "No juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual sacará a la luz lo oculto de las tinieblas y manifestará los designios de los corazones" (1 Cor. 4:5), se dice que menosprecian a otras Órdenes y, queriendo establecer su propia justicia, no están sujetos a la justicia de Dios. A quienes, en verdad (si es que existen algunos de tal calaña), más verdaderamente diría que no pertenecen ni a nuestra Orden ni a ninguna otra; puesto que, aunque vivan de manera ordenada, al hablar con soberbia se hacen ciudadanos de Babilonia, es decir, de la confusión; más aún, hijos de las tinieblas y de la misma Gehenna, "donde no hay orden alguno, sino que habita un horror sempiterno" (Job 10:22). A vosotros, pues, digo, hermanos, que in-

cluso después de haber oído aquella parábola del Señor sobre el fariseo y el publicano, presumiendo de vuestra propia justicia [o: de vuestro propio instituto], despreciáis a los demás, decís (según se dice) que solo vosotros entre los hombres sois justos, o más santos que todos; que solo vosotros entre los monjes vivís regularmente, mientras que los demás son más bien transgresores de la Regla.

Primero, ¿qué tenéis que ver con los siervos ajenos? Ante su propio señor se mantienen en pie o caen. ¿Quién os ha constituido jueces sobre ellos? Luego, si tanto presumís de vuestra Orden, como se dice, ¿qué clase de orden es aquel en que, antes de que cada uno saque la viga de su propio ojo, busque con tanto cuidado las motas en los ojos de sus hermanos? Vosotros que os gloriáis en la Regla, ¿por qué difamáis en contra de la Regla? ¿Por qué, en contra del Evangelio, juzgáis antes de tiempo, y en contra del Apóstol, juzgáis al siervo ajeno? (Rom. 14:4). ¿Acaso la Regla no concuerda con el Evangelio o con el Apóstol? De lo contrario, la Regla ya no es regla, porque no es recta. Escuchad y aprended el orden, vosotros que contra el orden menospreciáis a otras Órdenes. "Hipócrita", dice, "saca primero la viga de tu ojo, y así verás para sacar la mota del ojo de tu hermano" (Mt. 7:3-5). ¿Preguntas qué viga? ¿No es la soberbia una viga grande y gruesa, por la cual, creyéndote ser algo cuando no eres nada, exultas en ti mismo como si estuvieras sano, con suma locura, y con suma vanidad, llevando tú una viga, insultas a otros por sus motas? Dices:

"Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: injustos, ladrones, adúlteros" (Lc. 18:21); continúa, pues, y di: "Detractores". Pues esta no es la mota más pequeña entre las demás. ¿Por qué, si con tanto esmero enumeras las otras, callas sobre esta? Si la tienes por nada o por muy pequeña, escucha al Apóstol: "Ni los maldicientes", dice, "poseerán el reino de Dios" (1 Cor. 6:10). Escucha también a Dios amenazando en el Salmo: "Te argüiré", dice, "y te lo echaré en cara" (Sal. 49:21). Que esto lo dice al detractor, es cierto por lo que precede. Y, en verdad, con justicia debe ser vuelto hacia sí mismo y obligado a mirarse, aquel que, apartando el rostro de sí, suele escudriñar con más curiosidad los males ajenos que los propios.

"Pero", dicen, "¿cómo guardan la Regla quienes se visten con pieles; quienes, estando sanos, comen carne o grasa de carne; quienes admiten tres o cuatro platos cocinados en un día, lo que la Regla prohíbe (Regla de S. Benito, cap. 39); quienes no realizan el trabajo manual que esta ordena (Ibid., cap. 48); quienes, en fin, cambian, añaden o sustraen muchas cosas según su propio gusto?" Correcto. Estas cosas no pueden negarse. Pero atended a la regla de Dios, con la cual ciertamente no desentona la institución de san Benito. "El reino de Dios", dice, "está dentro de vosotros" (Lc. 17:21), esto es, no exteriormente en las vestiduras o alimentos del cuerpo, sino en las virtudes del hombre interior. De donde el Apóstol dice: "El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo" (Rom. 14:17); y

de nuevo: "El reino de Dios no está en la palabra, sino en el poder" (1 Cor. 4:20). ¿Así pues, levantáis una calumnia contra los hermanos por las observancias corporales, y abandonáis lo que es más importante de la regla, a saber, las instituciones espirituales, tragando el camello y colando el mosquito? ¡Gran abuso! Se tiene el máximo cuidado en que el cuerpo se vista regularmente, y contra la regla se deja al alma desnuda de sus propias vestiduras. Mientras con tanto afán se procuran para el cuerpo la túnica y la cogulla, hasta el punto de que a quien le falten no se le considere monje, ¿por qué no se proveen de modo similar para el espíritu la piedad y la humildad, que son ciertamente vestiduras espirituales? ¡Vestidos con túnicas y soberbios, aborrecemos las pieles! Como si no fuera mejor la humildad envuelta en pieles que la soberbia vestida con túnica; máxime cuando Dios mismo hizo túnicas de piel para los primeros hombres (Gén. 3:21), y Juan en el desierto se ciñó los lomos con un cinturón de cuero (Mt. 3:4), y el mismo institutor de las túnicas en la soledad se vistió no con túnicas, sino con pieles. ¡Luego, con el vientre lleno de habas y la mente llena de soberbia, condenamos a los que se hartan de manjares! Como si no fuera mejor comer un poco de grasa para el sustento que saciarse hasta el eructo con legumbres flatulentas; máxime cuando Esaú fue reprendido no por la carne, sino por las lentejas (Heb. 12:16); y Adán fue condenado por el árbol, no por la carne (Gén. 3:17); y Jonatán fue sentenciado a muerte por probar miel, no carne (1 Sam. 14:29): mientras

que, por el contrario, Elías comió carne sin daño (1 Re. 17:6); Abrahán alimentó muy gustosamente a los Ángeles con carnes (Gén. 18:7), y Dios mandó que de ellas se hicieran sus propios sacrificios (Éx. 29:1). Pero también es preferible usar un poco de vino por causa de la enfermedad que engullir mucha agua por avidez: porque también Pablo aconsejó a Timoteo usar un poco de vino (1 Tim. 5:23); y el Señor mismo bebió, de modo que fue llamado bebedor de vino (Mt. 11:19); también dio de beber a los Apóstoles; y además, con él instituyó el Sacramento de su sangre (Mt. 26:27): mientras que, por el contrario, no permitió que se bebiera agua en las bodas (Jn. 2:3-9), y castigó terriblemente la murmuración del pueblo en las aguas de la contradicción (Núm. 20); también David temió beber el agua que había deseado (2 Sam. 23:16); y aquellos hombres de Gedeón que, por avidez, bebieron del río postrados con todo el cuerpo, no fueron dignos de ir a la batalla (Jue. 7:5-7). Y en verdad, ¿de qué os gloriáis del trabajo manual, cuando Marta, que trabajaba, fue reprendida, y María, que descansaba, fue alabada (Lc. 10:41-42); y Pablo dice abiertamente: "El ejercicio corporal para poco aprovecha, pero la piedad para todo aprovecha"? (1 Tim. 4:8). El mejor trabajo es aquel del que decía el profeta: "He trabajado en mi gemido" (Sal. 6:7); y del que en otro lugar: "Me acordé de Dios, y me deleité, y me ejercité". Y para que no entiendas que es un ejercicio corporal, dice: "Y mi espíritu desfalleció" (Sal. 76:4). Mas donde no se fatiga el cuerpo, sino

el espíritu, se entiende sin duda un trabajo espiritual.

CAPÍTULO VII.

El ejercicio espiritual es más fructífero que el corporal.

¿Qué, pues, dices? ¿Acaso persuades de tal modo aquellas cosas espirituales que condenas también estas corporales que tenemos por la Regla? De ninguna manera; sino que conviene hacer aquellas y no omitir estas. De lo contrario, cuando es necesario omitir o estas o aquellas, es preferible omitir estas que aquellas. Pues cuanto el espíritu es mejor que el cuerpo, tanto más fructífero es el ejercicio espiritual que el corporal. Tú, por tanto, cuando envanecido por la observancia de estas cosas, menosprecias a otros que no las observan, ¿no te muestras acaso como un mayor transgresor de la Regla, ya que, aunque cumpliendo ciertas cosas mínimas, evitas las mejores, de las cuales dice Pablo: «Anhelad», dice, «los carismas mejores»? (I Cor. XII, 31.) Pues al detractar de los hermanos, en lo que te ensalzas a ti mismo, pierdes la humildad; en lo que deprimas a los demás, la caridad: que son, sin duda, los carismas mejores. Tú desgastas tu cuerpo con muchos y excesivos trabajos, y con las asperezas de la regla mortificas tus miembros que están sobre la tierra. Haces bien. Pero, ¿qué si aquel a quien juzgas por no trabajar de igual modo, tiene ciertamente poco de este ejercicio corporal, que para poco es útil, pero más que tú de aquella que para todo vale, es decir, la piedad? ¿Quién de vo-

sotros, pregunto, guarda mejor la Regla? ¿Acaso no la guarda mejor quien es mejor? Pero, ¿quién es mejor, el más humilde o el más fatigado? ¿No es acaso aquel que aprendió del Señor a ser manso y humilde de corazón (Matth. XI, 29), y que con María eligió la mejor parte, la cual no le será quitada? (Luc. X, 42.)

Pero si piensas que la Regla debe ser guardada tan literalmente por todos los que la han profesado que no admities dispensa alguna, digo audazmente que ni tú ni él la guardáis. Pues aunque él, en lo que respecta a las observancias corporales, ofenda en muchas cosas, es imposible, sin embargo, que tú no la transgredas al menos en una. Y sabes que quien ofende en un punto, es reo de todos. Pero si concedes que algunas cosas pueden cambiarse por dispensa, sin duda tanto tú como él la guardáis, aunque de modo diferente: pues tú ciertamente de modo más estricto, pero él quizás de modo más discreto. Y no digo esto porque estas cosas exteriores deban ser descuidadas, o porque quien no se haya ejercitado en ellas se vuelva por eso inmediatamente espiritual; puesto que más bien las cosas espirituales (aunque mejores), o se adquieren o se obtienen a través de estas, o apenas, o de ningún modo, como está escrito: «No es primero lo espiritual, sino lo animal; después lo espiritual» (I Cor. XV, 46). Así como Jacob no mereció obtener los deseados abrazos de Raquel si no fue después de haber conocido a Lía. De donde de nuevo en el salmo: «Tomad el salmo y dad el tímpano» (Psal. LXXX, 3): lo que quiere decir: «Tomad lo espiritual, pero

primero dad lo corporal». Pero el mejor es aquel que obra discreta y congruentemente tanto estas cosas como aquellas.

Ya en verdad la epístola, para que siguiera siendo una epístola, debía haber terminado, puesto que he reprendido suficientemente con mi pluma, en la medida que pude, a los nuestros (de quienes, Padre, os quejasteis de que detractaban de vuestra Orden); y también me he purgado, como debía, de semejante falsa sospecha. Pero como, mientras no perdono a los nuestros, parezco asentir demasiado a algunos de los vuestros en lo que no conviene, juzgo necesario añadir algunas cosas que sé que también a vosotros os desagradan, y que no dudo que deben ser evitadas por todos los buenos: las cuales, aunque parezcan hacerse en la Orden, ¡lejos esté que sean de la Orden! Pues ninguna orden admite nada desordenado; y lo que es desordenado, no es orden. Por lo cual, deberé ser considerado como quien disputa no contra la Orden, sino en favor de la Orden, si no reprendo la Orden en los hombres, sino los vicios de los hombres. Y ciertamente no temo ser molesto en este asunto a los que aman la Orden; más aún, sin duda lo recibirán con gratitud si perseguimos lo que ellos mismos también odian. Pero si a algunos les desagradare, ellos mismos manifiestan que no aman la Orden, cuya corrupción, es decir, sus vicios, no quieren que sea condenada. A ellos, por tanto, les respondo con aquella sentencia de Gregorio: «Mejor es que surja el escándalo, a que se abandone la verdad». (Homil. 7 in Ezech.)

CAPÍTULO VIII.

Reprende los vicios de los cluniacenses, paliados bajo el nombre de virtudes.

Se dice, y se cree con veracidad, que los santos padres instituyeron aquella vida; y para que en ella se salvaran más, atemperaron el rigor de la Regla hasta para los débiles, pero no destruyeron la Regla. Pero lejos de mí creer que ellos prescribieron o permitieron tantas vanidades y superfluidades como veo en la mayoría de los monasterios. Pues me pregunto de dónde ha podido arraigarse entre los monjes tanta intemperancia en las comidas y bebidas, en los vestidos y lechos, en las cabalgaduras y en la construcción de edificios: hasta el punto de que donde estas cosas se hacen con más esmero, más voluptuosidad y más profusión, allí se dice que se guarda mejor la orden, allí se considera que la religión es mayor. Pues he aquí que la parsimonia es tenida por avaricia, la sobriedad es creída austeridad, el silencio es reputado como tristeza. Por el contrario, la relajación se llama discreción; la profusión, liberalidad; la locuacidad, afabilidad; la risa desmedida, alegría; la delicadeza de los vestidos y el lujo de los caballos, honestidad; el cuidado superfluo de los lechos, limpieza. Y cuando nos prodigamos mutuamente estas cosas, se le llama caridad. Esta caridad destruye la caridad, esta discreción confunde la discreción. Tal misericordia está llena de crueldad, por la cual, ciertamente, se sirve de tal modo al cuerpo que el alma es estrangulada. Pues, ¿qué caridad es amar la carne

y descuidar el espíritu? ¿O qué discreción darlo todo al cuerpo y nada al alma? ¿Qué clase de misericordia, en verdad, es reanimar a la sierva y matar a la señora? Nadie espere por tal misericordia conseguir la misericordia que se promete a los misericordiosos en el Evangelio, por boca de la Verdad que dice: "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia" (Mt 5, 7); sino que espere con toda certeza más bien la pena que el santo Job, más profetizando que deseando, impreca contra tal, por así decir, impío misericordioso, diciendo: "No quede de él memoria, sino que sea quebrado como un árbol infructuoso". Luego añade inmediatamente una causa muy idónea para esta justa retribución, diciendo: "Porque apacentó a la estéril que no pare, y no hizo bien a la viuda" (Job 24, 20-21).

Es, en verdad, una misericordia desordenada e irracional vigilar para cumplir los deseos de la carne estéril e infructuosa (la cual, según la palabra del Señor, "no aprovecha para nada" [Jn 6, 64], y según el Apóstol, "no poseerá el reino de Dios" [1 Cor 15, 50]), y no cuidar del consejo salubérrimo del Sabio sobre el cuidado del alma, que amonesta y dice: "Ten piedad de tu alma, agradando a Dios" (Eclo 30, 24). Buena misericordia es tener piedad de tu propia alma; y no puede no merecer misericordia, por la cual se consigue agradar a Dios. De otro modo, sin embargo, no es misericordia, como ya he dicho, sino crueldad; no es caridad, sino iniquidad; no es discreción, sino confusión, apacentar a la estéril que no pare, es decir, servir a las concupiscencias de la

carne inútil; y no hacer ningún bien a la viuda, esto es, no poner ningún empeño en cultivar las virtudes del alma. La cual, ciertamente, aunque esté entretanto viuda de su Esposo celestial, no cesa sin embargo de concebir y dar a luz del Espíritu Santo pensamientos inmortales; los cuales, ciertamente, pueden ser capaces de una herencia incorruptible y celestial, pero solo si tienen un cultivador pío y esmerado.

Sin embargo, bajo este abuso, estas cosas ya se tienen casi en todas partes como parte de la orden, y casi todos las observan sin queja y como si fueran irreprehensibles; aunque de manera diferente. Pues algunos, en efecto, usan de todas estas cosas como si no las usaran; y por eso, o sin ofensa alguna, o con una muy pequeña. Pues algunos hacen estas cosas por simplicidad, otros por caridad, otros por necesidad. Pues algunos simplemente se atienen a estas cosas porque así se les manda; dispuestos a obrar de otro modo si de otro modo se les mandara. Otros, en cambio, para no vivir en discordia con aquellos con quienes habitan, buscando en esto no su propio placer, sino la paz de los demás. Otros, en verdad, porque no pueden resistir a la multitud de los que los contradicen, quienes ciertamente defienden estas cosas a viva voz como si fueran por la Orden; y cuantas veces los primeros empiezan a restringir o cambiar algo, según dicta la razón, los segundos se les oponen inmediatamente con toda su autoridad.

CAPÍTULO IX.

Compara la intemperancia de los mismos con la frugalidad de los antiguos monjes.

19. ¿Quién, al principio, cuando comenzó la Orden monástica, hubiera creído que los monjes llegarían a tan grande inercia? ¡Oh, cuánto distamos de aquellos que fueron monjes en los días de Antonio! En efecto, cuando se visitaban unos a otros de vez en cuando por caridad, recibían el pan de las almas con tal avidez que, olvidando por completo el alimento del cuerpo, pasaban a menudo el día entero con el vientre ayuno, pero no la mente. Y este era el orden correcto, cuando se servía primero a la parte más digna; esta era la suma discreción, cuando lo que era mayor tomaba más; esta, en fin, era la verdadera caridad, donde las almas, por cuyo amor Cristo murió, eran reanimadas con tan gran solicitud. Pero cuando nosotros nos reunimos, para usar las palabras del Apóstol, ya no es para comer la cena del Señor (I Cor. 11:20). Pues no hay nadie que busque el pan celestial, nadie que lo dé. Nada se trata de las Escrituras, nada de la salvación de las almas; sino que se profieren naderías, risas y palabras al viento. Durante la comida, tanto como la garganta se alimenta de manjares, tanto los oídos se alimentan de rumores; totalmente atento a estos, no conoces medida en el comer.

20. Entretanto, sin embargo, se sirven platos sobre platos; y en lugar de la sola carne, de la que se abstienen, se duplican grandes cuerpos de pescados. Y cuando te hayas saciado con los primeros, si tocas los segundos, te parecerá que aún no has probado los primeros [o: pescados].

Pues todo es preparado con tanto esmero y arte por los cocineros que, después de haber devorado cuatro o cinco platos, los primeros no impiden los últimos, ni la saciedad disminuye el apetito. En efecto, el paladar, mientras es seducido por nuevos condimentos, poco a poco se desacostumbra de lo conocido, y se renueva ávidamente en sus deseos de jugos extraños, como si aún estuviera ayunando. El vientre, ciertamente, mientras no sabe [o: se alimenta], trabaja, pero la variedad quita el hastío. Porque como desdeñamos los manjares puros, tal como la naturaleza los creó, mientras unos se mezclan con otros de múltiples maneras, y, despreciando los sabores naturales que Dios infundió en las cosas, la gula es provocada por ciertos sabores artificiales; se traspasa ciertamente el límite de la necesidad, pero aún no se supera el deleite. Pues, ¿quién es capaz de decir de cuántas maneras (por no hablar de lo demás) solo los huevos son revueltos y atormentados, con cuánto afán se les da la vuelta, se les pone boca abajo, se licúan, se endurecen, se pican; y ora se sirven fritos, ora asados, ora rellenos, ora mezclados, ora por separado? Pero, ¿para qué todo esto, sino para atender únicamente al hastío? Luego, se cuida que la calidad de las cosas aparente ser tal por fuera que no deleite menos la vista que el gusto: y cuando el estómago, con frecuentes eructos, indica que está lleno, la curiosidad, sin embargo, aún no está saciada. Pero mientras los ojos son atraídos por los colores y el paladar por los sabores, el infeliz estómago, para el cual ni los colores brillan ni los sabores deleitan, mientras

se ve obligado a recibirlo todo, es más oprimido y abrumado que reanimado.

21. Ahora bien, ¿qué diré del beber agua, cuando ni siquiera se admite en modo alguno el vino aguado? Pues todos, al parecer, desde que somos monjes, tenemos estómagos débiles, y con razón no descuidamos el tan necesario consejo del Apóstol sobre el uso del vino, aunque, no sé por qué, omitiendo el "un poco" que él antepuso (I Tim. 5:23). ¡Y ojalá nos contentáramos solo con él, aun cuando es puro! Me avergüenza decirlo, pero más debería avergonzar hacerlo; y si avergüenza oírlo, no debe avergonzar enmendarlo. Verás en una sola comida que se devuelve la copa medio llena tres o cuatro veces, para que de entre diversos vinos, más olidos que bebidos, no tanto apurados como probados, con sagaz degustación y rápido reconocimiento, se elija finalmente uno de entre muchos, el que sea más fuerte. ¿Y qué decir de aquello que se dice que algunos monasterios observan por costumbre, a saber, en las grandes fiestas beber en comunidad vinos endulzados con miel y espolvoreados con polvos de especias? ¿Diremos acaso que también esto se hace por la debilidad del estómago? Yo, por mi parte, no veo que sirva para otra cosa sino para que se beba más, o más deleitosamente. Pero cuando las venas han sido atiborradas de vino, palpitando en toda la cabeza, a quien así se levanta de la mesa, ¿qué otra cosa le apetece, sino dormir? Pero si a uno indigesto lo obligas a levantarse para las vigiliass, no le arrancarás un canto, sino más bien un lamento.

22. Pero cuando llego a la cama, si me preguntan, lamento mi malestar, no el pecado de la gula, sino el no poder comer. Pero no creo que deba callar algo ridículo (si es que es verdad) que me han contado varios, quienes decían saberlo con certeza. Pues dicen que jóvenes sanos y fuertes suelen abandonar la comunidad para instalarse en la casa de los enfermos, sin estarlo; con el consumo de carne (que apenas se concede, por discreción de la Regla, a los enfermos y a los completamente débiles para la reparación de sus fuerzas [Regla de San Benito, cap. 31, 39]) no reparan las ruinas de un cuerpo debilitado por malestar, sino que perfeccionan el cuidado de la carne lujuriosa en su deseo. Ruego, ¿qué seguridad es esta, entre las lanzas centelleantes y los dardos voladores de enemigos que rechinan los dientes por doquier, como si la guerra ya hubiera terminado y el adversario hubiera sido vencido, arrojar las armas y o bien entregarse a comidas más largas, o bien revolcarse desnudo en un lecho mullido? ¿Qué cobardía es esta, oh buenos soldados? Mientras vuestros compañeros se hallan en medio de la sangre y la matanza, ¿vosotros amáis los manjares delicados o tomáis siestas matutinas? Mientras otros, digo, se apresuran noche y día con vigilante cuidado a redimir el tiempo, porque los días son malos; ¿vosotros, por el contrario, consumís las largas noches durmiendo y pasáis los días ociosos charlando? ¿O decís: "Paz", y no hay paz? ¿Por qué no os avergonzáis siquiera ante el reproche de la indignación apostólica? "Pues aún no habéis", dice, "resistido hasta la sangre"

(Heb. 12:3). Más aún, ¿por qué no despertáis ya al trueno de esa misma terrible amenaza? "Cuando digan", dice, "'Paz y seguridad'; entonces les sobrevendrá una ruina repentina, como el dolor a la que está encinta, y no escaparán" (I Tes. 5:3). Es una medicina demasiado delicada el ser vendado antes de ser herido, lamentar un miembro que no ha sido golpeado, y aplicar la mano antes de haber recibido el golpe, aliviar con ungüento donde no hay dolor, aplicar un emplasto donde no hay herida.

23. Luego, para distinguir entre los sanos y los que están mal, se ordena a los enfermos llevar báculos en las manos, claramente necesarios: para que la invalidez que no indican la palidez del rostro y la delgadez, la finja el báculo que sostiene. ¿Debería decir que tales necedades son para reír o para llorar? ¿Así vivió Macario? ¿Así enseñó Basilio? ¿Así instituyó Antonio? ¿Así vivieron los padres en Egipto? Finalmente, ¿acaso los santos Odón, Mayolo, Odilón, Hugo, de quienes se glorían de tener como príncipes y preceptores de su Orden, mantuvieron esto o juzgaron que debía mantenerse? Pero todos estos, si fueron santos, y porque fueron santos, no disintieron del santo Apóstol, que habla así: "Teniendo alimento y vestido, con esto estamos contentos" (I Tim. 6:8). Pero para nosotros, en lugar de sustento hay saciedad, y no buscamos vestido, sino adorno.

CAPÍTULO X. Persigue el adorno y el lujo en sus vestiduras.

24. Para vestir, no se busca lo que es más útil, sino lo que se encuentra más fino; no lo que repele

el frío, sino lo que obliga a ensoberbecerse; no, en fin, según la Regla, «lo que se puede conseguir más barato» (Regla de San Benito, cap. 55), sino lo que se puede ostentar más elegantemente, o más bien, más vanamente. ¡Ay de mí, miserable monje, sea cual sea! ¿Por qué vivo aún para ver que nuestra Orden ha llegado a esto, la Orden que fue la primera en la Iglesia, más aún, de la que comenzó la Iglesia; de la cual ninguna en la tierra es más semejante a las órdenes angélicas, ninguna más cercana a la que está en los cielos, Jerusalén, nuestra madre, ya sea por la belleza de su castidad o por el ardor de su caridad; cuyos fundadores fueron los Apóstoles, cuyos iniciadores fueron aquellos a quienes Pablo tan a menudo llama santos? Y ciertamente, entre ellos, como nadie retenía nada como propio, "se repartía", como está escrito, "a cada uno según su necesidad": no, por tanto, lo que cada uno pudiera desear [o: llevar] puerilmente. Ciertamente, donde solo se recibía lo que era necesario, allí sin duda no se admitía nada ocioso: ¿cuánto menos algo curioso? ¿cuánto menos algo soberbio? "Lo que era necesario", dice; esto es, en cuanto a la vestimenta, lo que cubriera la desnudez y repeliera el frío. ¿Crees que allí se buscaba para alguien una túnica de color pardo o grisáceo para vestir; que para alguien se preparaba una mula de doscientos sólidos para montar? ¿Crees, digo, que el lecho de alguien allí estaba cubierto por una colcha de piel de gato o un barragán de varios colores, donde a cada uno se le distribuía solo según su necesidad? No creo que allí se cuidara mucho del precio, del color,

del estilo de los vestidos, donde había un celo tan infatigable por la concordia de las costumbres, la coherencia de los ánimos y el progreso de las virtudes. "La multitud de los creyentes", dice, "tenía un solo corazón y una sola alma" (Hch. 4:32, 35).

25. ¿Dónde está ahora aquel ejercicio de unanimidad? Nos hemos derramado hacia el exterior, y del reino de Dios que está dentro de nosotros, abandonados los bienes verdaderos y perennes, buscamos fuera una vana consolación en vanidades y falsas locuras: y ya no solo hemos perdido la virtud de la antigua religión, sino que ni siquiera conservamos su apariencia. Pues he aquí que nuestro propio hábito (lo que digo con dolor), que solía ser insignia de humildad, es llevado por los monjes de nuestro tiempo como señal de soberbia. Apenas encontramos ya en nuestras provincias con qué dignarnos vestir. El soldado y el monje se reparten del mismo paño la cogulla y la clámide. Cualquier persona del siglo, por muy honorable que sea, aunque fuera rey o emperador, no aborrecería nuestras vestiduras si se le prepararan y adaptaran a su modo.

26. "Pero", dices, "la religión no está en el hábito, sino en el corazón". Bien. Pero tú, cuando para comprar una cogulla recorres las ciudades, circulas por los mercados, corres por las ferias, escudriñas las casas de los mercaderes, revuelves todo el ajuar de cada uno, despliegas enormes montones de paños, los tocas con los dedos, los acercas a los ojos, los expones a un rayo de sol; lo que encuentras tosco o pálido, lo rechazas; pero si algo te agrada por su pureza y brillo, te afanas

en seguida por quedártelo a cualquier precio: te pregunto, ¿haces esto de corazón, o con sencillez? Cuando, en fin, contra la Regla, no buscas lo que se ofrece más barato, sino que con sumo estudio buscas lo que, por encontrarse más raramente, se compra más caro; ¿haces esto por ignorancia o a propósito? Del tesoro del corazón, sin duda, procede cuanto de vicios aparece por fuera. Un corazón vano impone la marca de la vanidad al cuerpo; y la superfluidad exterior es indicio de la vanidad interior. Las vestiduras muelles indican molicie del alma. No se cuidaría tanto el adorno del cuerpo si antes no se hubiera descuidado la mente, inculta en virtudes.

Me pregunto, sin embargo, dado que la Regla dice que al maestro atañe todo lo que sus discípulos cometen como falta (Regla de San Benito, cap. 2), y el Señor amenaza por el profeta que la sangre de los que mueren en pecado será requerida de la mano de los pastores (Ezequiel 3:18), cómo nuestros abades pueden permitir que tales cosas sucedan; a no ser que acaso (si me atrevo a decirlo) nadie reprende con confianza aquello en lo que no confía ser él mismo irrepreensible. Ciertamente, es propio de toda la humanidad no irritarse vehementemente con otros por aquello en lo que uno mismo se complace. Lo diré, lo diré; seré llamado presuntuoso, pero diré la verdad. ¿Cómo se ha oscurecido la luz del mundo? ¿Cómo ha perdido su sabor la sal de la tierra? Aquellos cuya vida debió ser para nosotros camino de vida, al mostrar en sus actos un ejemplo de soberbia, se han convertido en ciegos guías de ciegos. Pues,

¿qué señal de humildad es (por no mencionar lo demás) proceder con tanta pompa y caballería, estar rodeado por el servicio de tantos hombres de larga cabellera, al punto que el séquito de un solo abad bastaría para dos obispos? Miento si no he visto a un abad llevar en su comitiva sesenta caballos, y aún más. Dirías, si los vieras pasar, que no son padres de monasterios, sino señores de castillos; no rectores de almas, sino príncipes de provincias. Luego, ordenan que se transporten manteles, copas, palanganas, candelabros y alforjas repletas, no de jergones, sino de ornamentos de lecho. Finalmente, apenas se aleja alguien cuatro leguas de su propia casa sin toda su parafernalia, como si fuera a la guerra o estuviera por atravesar un desierto donde no se pueden encontrar las cosas necesarias. ¿Acaso no se podría verter agua para las manos y beber vino del mismo pequeño vaso? ¿Acaso no podría una lámpara encendida alumbrar, si no es en tu propio candelabro que transportas, y este de oro o de plata? ¿Acaso no se podría dormir, si no es sobre un colchón de varios colores, o bajo una cubierta extranjera? ¿Acaso un solo sirviente no podría atar a la bestia de carga, servir a la mesa y preparar el lecho? Ahora bien, para tan gran multitud de sirvientes y bestias, ¿por qué, al menos para mitigar el mal, no llevamos con nosotros lo necesario, para no ser una carga para nuestros anfitriones?

CAPÍTULO XII.

Arguye contra el lujo y el abuso en la construcción, ornamentación y pintura de templos y oratorios.

28. Pero estas son cosas pequeñas: pasaré a las mayores, que parecen menores solo porque son más habituales. Paso por alto las inmensas alturas de los oratorios, sus longitudes desmesuradas, sus anchuras superfluas, los pulimentos suntuosos, las pinturas curiosas, que, al atraer la mirada de los que oran, impiden también su devoción, y en cierto modo me recuerdan el antiguo rito de los judíos. Pero sea; que estas cosas se hagan para honor de Dios. Pero yo, monje, pregunto a los monjes lo que un pagano censuraba en los paganos: "Decidme", dijo él, "oh pontífices, ¿qué hace el oro en un lugar santo?" (Persio, Sát. II, v. 69). Pero yo digo: Decidme, 539 pobres —pues no atiendo al verso, sino al sentido—; decidme, digo, pobres, si es que sois pobres, ¿qué hace el oro en un lugar santo? Y ciertamente, una es la causa de los obispos, y otra la de los monjes. Pues sabemos que ellos, siendo deudores a los sabios y a los ignorantes, excitan la devoción de un pueblo carnal con ornamentos corporales, ya que no pueden hacerlo con medios espirituales. Pero nosotros, que ya hemos salido del pueblo; que hemos dejado por Cristo todas las cosas preciosas y hermosas del mundo; que hemos considerado todo lo que brilla con belleza, lo que halaga con el canto, lo que huele suavemente, lo que sabe dulcemente, lo que agrada al tacto, en fin, todos los deleites corporales, como estiércol, para ganar a Cristo: ¿la devoción de quiénes, pregunto, pretendemos excitar con estas cosas? ¿Qué fruto,

digo, buscamos en estas cosas? ¿La admiración de los necios o la ofrenda de los sencillos [lectura alternativa: el deleite de los sencillos]? ¿O es que, por habernos mezclado entre las gentes, quizás hemos aprendido sus obras y todavía servimos a sus ídolos?

28. Y para hablar claramente, ¿no es la avaricia, que es la idolatría, la que causa todo esto, y no buscamos el don, sino el fruto? Si preguntas, ¿cómo? De un modo admirable, digo. Con cierto arte se esparce el dinero para que se multiplique. Se gasta para que aumente, y el derroche engendra abundancia. Ciertamente, por la sola vista de estas suntuosas pero admirables vanidades, los hombres se sienten más incitados a ofrecer que a orar. Así las riquezas son atraídas por las riquezas, así el dinero atrae al dinero: porque, no sé de qué modo, donde se ven más riquezas, allí se ofrece con más gusto. Los ojos se ceban en las reliquias cubiertas de oro, y las bolsas se abren. Se muestra una hermosísima imagen de algún santo o santa, y se le cree tanto más santo cuanto más coloreado está. La gente corre a besarla, se les invita a donar; y admiran más lo hermoso que veneran lo sagrado. Luego se colocan en la iglesia ruedas enjovadas, no coronas, rodeadas de lámparas, pero no menos resplandecientes por las piedras incrustadas. Vemos también, en lugar de candelabros, ciertos árboles erigidos, fabricados con mucho peso de bronce y con admirable arte del artífice, que no brillan más por las luces superpuestas que por sus propias gemas. ¿Qué se busca, piensas, en todas estas cosas? ¿La com-

punción de los penitentes o la admiración de los espectadores? ¡Oh vanidad de vanidades, pero no más vana que insensata! La iglesia resplandece en sus paredes, y está necesitada en sus pobres. Viste sus piedras de oro, y a sus hijos los deja desnudos. Con los gastos de los necesitados se sirve a los ojos de los ricos. Los curiosos encuentran con qué deleitarse, y los miserables no encuentran con qué sustentarse. ¿Por qué al menos no reverenciamos las imágenes de los santos, con las que ciertamente abunda el mismo pavimento que se pisa con los pies? A menudo se escupe en la cara de un ángel, a menudo el rostro de algún santo es pisoteado por los talones de los transeúntes. Y si no por estas imágenes sagradas, ¿por qué no se perdonan siquiera los hermosos colores? ¿Por qué decoras lo que pronto ha de ser ensuciado? ¿Por qué pintas lo que necesariamente ha de ser pisoteado? ¿Qué valor tienen allí las formas hermosas, donde son manchadas por el polvo constante? En fin, ¿qué tienen que ver estas cosas con los pobres, con los monjes, con los hombres espirituales? A no ser que quizás también aquí, contra el ya mencionado verso del poeta, se responda con aquel profético: "Señor, he amado la hermosura de tu casa y el lugar de la morada de tu gloria" (Salmo 25:8). Estoy de acuerdo: permitamos que también estas cosas se hagan en la iglesia, porque aunque son nocivas para los vanos y los avaros, no lo son para los sencillos y devotos.

29. Pero en los claustros, ante los hermanos que leen, ¿qué hace esa ridícula monstruosidad, esa cierta maravillosa y deforme hermosura y

hermosa deformidad? ¿Qué hacen allí los monos inmundos? ¿Qué los leones feroces? ¿Qué los monstruosos centauros? ¿Qué los semihombres? ¿Qué los tigres manchados? ¿Qué los soldados que luchan? ¿Qué los cazadores que tocan la trompa? Puedes ver bajo una sola cabeza muchos cuerpos, y a su vez, en un solo cuerpo muchas cabezas. Aquí se ve en un cuadrúpedo la cola de una serpiente, allá en un pez la cabeza de un cuadrúpedo. Allí una bestia presenta la parte delantera de un caballo, arrastrando la mitad trasera de una cabra; 540 aquí un animal con cuernos lleva la parte posterior de un caballo. En resumen, tan grande y tan maravillosa variedad de diversas formas aparece por todas partes, que más apetece leer en los mármoles que en los códices, y ocupar todo el día admirando cada una de estas cosas, que meditando en la ley de Dios. ¡Por amor de Dios! Si no avergüenzan las necedades, ¿por qué al menos no duelen los gastos?

CAPÍTULO XIII.

Recoge sumariamente los modos y medios de fomentar la caridad y la paz mutuas, y finalmente, señala a los tráfugas por su inestabilidad.

30. La amplitud del tema ciertamente sugería añadir muchas otras cosas; pero me lo impiden tanto mi propia y bastante afanosa ocupación, como tu partida demasiado apresurada, hermano Ogerio, pues es evidente que ni consientes en quedarte más tiempo, ni quieres, sin embargo, marcharte sin una obrita reciente. Hago, pues,

lo que quieres, y te dejo marchar, y abrevio mi discurso: ¡sobre todo porque son más útiles pocas cosas en paz que muchas con escándalo! Y ojalá haya escrito estas pocas cosas sin escándalo. Pues en verdad, al censurar los vicios, sé que ofendo a los viciosos. Puede suceder, sin embargo, si Dios quiere, que más bien agrade a algunos a quienes temo haber exasperado, pero solo si dejan de ser viciosos: es decir, si los más estrictos dejan de ser detractores, y los más relajados cortan sus superfluidades; si cada uno se aferra al bien que tiene de tal modo que no juzgue a otro que se aferra a algo distinto; si el que ya ha recibido la gracia de ser bueno no envidia a los mejores, y el que le parece que obra mejor no desprecia el bien de otro; si los que pueden vivir más estrictamente ni desprecian ni envidian a los que no pueden, y si los que no pueden admiran de tal modo a los que pueden, que no los imitan temerariamente. Pues así como no es lícito para aquellos que quizás han hecho un voto mayor descender a lo que es menor, para no convertirse en apóstatas, así tampoco es conveniente para todos pasar de bienes menores a mayores, para no precipitarse.

31. Pues sé que algunos de otras congregaciones e instituciones han volado a nuestra Orden, han llamado y han entrado; los cuales, al obrar así, dejaron escándalos entre los suyos y, no obstante, nos los trajeron a nosotros, pues tanto los perturbaban a ellos con su partida temeraria como a nosotros con su miserable conducta. Y como despreciaron con soberbia lo que tenían y presumieron temerariamente de lo que no eran capa-

ces, Dios finalmente, con un resultado merecido, manifestó su indignidad: pues abandonaron con descaro lo que habían tomado con imprudencia, y regresaron vergonzosamente a aquello que habían abandonado con ligereza. Pues como buscaron nuestros claustros más por impaciencia con su propia Orden que por deseo de la nuestra, demuestran lo que son, mientras, volando de vosotros a nosotros y de nosotros a vosotros con inestable ligereza, nos causan escándalo a nosotros, a vosotros y a todos los buenos. Aunque, por tanto, hemos conocido a algunos de ellos que comenzaron valientemente con Dios como autor y perseveran más valientemente con Él como protector, es sin embargo más seguro que perseveremos en el bien que hemos comenzado que comenzar algo en lo que no perseveremos; y esforcémonos todos por igual en esto, para que, según el consejo del Apóstol, *todo lo que hagamos se haga con caridad* (1 Cor 16, 14). Esta es nuestra opinión sobre nuestra Orden y la vuestra; que acostumbro a decir estas cosas a los nuestros y a los vuestros, y que las digo no sobre vosotros, sino a vosotros, nadie será mejor testigo para mí que vosotros, y cualquiera que me conozca como vosotros. Las cosas que son laudables entre vosotros, las alabo y las proclamo; si hay cosas que deben ser censuradas, suelo persuadiros a vosotros y a mis otros amigos para que se corrijan. Esto no es detracción, sino atracción. Que esto mismo hagáis siempre vosotros por nosotros, lo ruego y suplico encarecidamente. Adiós.